

Un hombre del suroeste español aparece en la más mezquina y pobre de Las Habanas conocidas, vitalista y ramplona a partes iguales, refugio y hospital, patria y cuna de violencias en similares dosis. El será el portavoz, casi vehemente, de su Galicia natal, ese solar compuesto de 315 municipios, que se agrupan en 46 partidos judiciales, con multitud de pedanías o aldeas, algunas de las cuales todavía no poseen teléfono ni luz eléctrica.

Miguel Barnet es un escritor cubano, asesor del folklore del Ministerio de Cultura de su país y miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Hace unos años se reveló como poeta en un libro denominado *La Sagrada Familia* y es autor, asimismo, de la *Biografía de un cimarrón*, especie de novela de testimonio que narra la vida de un esclavo negro, *La canción de Rachel* y otras interesantes aportaciones a la literatura en lengua castellana. De su *Cimarrón* se compuso una ópera con música del compositor alemán Hans Werner Henze, de cierto éxito en su género. Los poemas de Barnet han inspirado tonadas populares y sus obras han dado lugar a producciones dramáticas diversas.

El principal rasgo de *Gallego* es su acercamiento al lector a través de una inserción total en la vida de Manuel Ruiz, el hombre «que cruzó el Atlántico “ligero de equipaje”, como escribiera Antonio Machado, para forjarse un nuevo destino en América», para comprender la inmensa humildad de su existencia y el fogoso ardor con que trata de reconstruir una y otra vez esa vida deshecha por las circunstancias y los acontecimientos menos favorables siempre. Manuel, así, no es sólo el reflejo ocasional de tantos y tantos emigrantes, en este caso gallegos, que tuvieron que cruzar el «charco» en las peores condiciones huyendo del hambre y la pobreza, sino que se manifiesta, además, como retrato, a veces exacto a veces cariacontecido, de una época felizmente superada.

El primer capítulo, «La aldea», nos muestra ese entorno raquíutico y nauseabundo en el cual nacer es un peligro, pero que subsistir puede constituir un verdadero milagro. Manuel reflexiona: «Una idea fija cambia el destino de un hombre. A veces le temo a eso, porque yo soy terco y a la corta o a la larga me salgo con las mías. A mí nada se me puede meter en la cabeza. No lo doy tiempo a las ideas; ellas vienen y las pongo en marcha. Así fue que llegué a Cuba. Ya era mucho lo que se decía. Todo era La Habana, el puerto, las frutas, las mujeres. Y yo, que soy correntón, me dije: qué esperas, Manuel, el hambre mata la razón, y me fui. En pocas horas lié mis bultos y me despedí un poco de mis parientes, que no eran malas personas, pero se negaban a salir de aquel atraso. Yo los entedía bien porque mi aldea, aunque pobre, tenía cierta alegría en tiempo de verano. Pero el frío y las brumas no habían quien los aguantara. Y yo siempre soñé con el sol y con las plantas coposas. Tanto había oído hablar de Cuba, que no lo pensé dos veces. Cuba era el sueño para todo el mundo allí.» Un sueño. Y no sólo eso: una posibilidad de huir del invierno y del hambre.

«La travesía» nos muestra a borregos en medio del Atlántico, con su suerte de abusos y de incontinencias, que a la postre van a ser la posibilidad de un lugar bajo el sol en la isla del Caribe, al salir Manuel fiador de un engañado que viaja sin pasaje.

«La isla» relata la llegada a Cuba en medio de las mayores calamidades, mientras que el calor de La Habana es barbaramente negado y sustituido por el campo de

Tiscornia. «Tiscornia fue un campo de reubicación carente de recursos y facilidades. Ahí se enviaba a los viajeros procedentes de todas partes del mundo. Particularmente cruel y abusivo fue el trato que siempre se le dio a los emigrantes españoles, asiático y judíos.» Manuel sale de Tiscornia junto a su avalado y los amigos de éste. «La Habana esos días estaba de fiesta.» Comienza la verdadera diáspora del gallego por la sociedad cubana. Todos los trabajos, todas las calamidades le esperan. Lejos quedó la aldea, el recuerdo del abuelo, de la madre y la hermana que siempre esperan y son una especie de deseo, esperanza por la cual Manuel atesora sus pequeños ahorros en una vehemente necesidad de regresar y contemplar los campos de la niñez, los intransitables caminos, el ganado... Así se nos relata la angustia de quienes no ven posible su vuelta a la patria. «Hubo quien se envenenó por carecer de numerarios para regresar a España. Lucrecia Fierro se enterró en la barriga un cuchillo de picar huesos y salió por toda Diecisiete echando sangre, hasta que la recogieron ya muertecita. Y un afilador llamado Manuel Ruiz, como yo, se subió a una mesa y puso la cabeza en un ventilador de aspas grandes para que la llevara de un tajo.»

Manuel vuelve. «Llegué a La Coruña con un frío de mil demonios.» Y se ve envuelto en «La guerra civil». Relato el de este capítulo con atisbos históricos para comprender cuestiones que durante tantos años gravitaron sobre España. El fin para Manuel es afortunado. Después de permanecer en un campo de concentración en el sur de Francia se le ocurre escribir a sus amigos de Cuba, quienes le repatrián. La patria de adopción ha sido más humana que la patria de nacimiento.

«La vuelta» nos relata una nueva vida para el emigrante gallego. Cuba, no Galicia, por más dolor que le cause reconocerlo, es su patria. El matrimonio, nuevos oficios y perjuicios, el acotener político y las reformas sociales de los diversos regímenes siempre cogen al gallego desprevenido, pero él se adopta a todas las circunstancias, por más adversas que sean, peor es la ruina y el hambre de Galicia, lejos. Tras Grau San Martín, que «fue la esperanza», con el recuerdo casi cruel del machadato, llega Prío Socarrás. Pero Manuel dice que todos «fueron presidentes de levita, alejados del pueblo». «El peor, dice, fue Batista. Este fue el más genízaro. Ni Primo de Rivera le hacía sombra.» La llegada del castrismo aparece como una liberación, aunque Manuel indica «El café lo tuvimos hasta que vino la intervención», como algo natural, que le posibilita una vida de viejo en su patria verdadera, ya con dos hijas mayores, una propia y otra aportada al matrimonio por la esposa. El relato de un viaje con su hija a Galicia aparece como un simple suceso de viajero feliz, que siempre vuelve al hogar, a Cuba.—MANUEL QUIROGA CLÉRIGO (*Plaza Nueva, 3. Miraflores. MADRID*).

Novelas de costumbres neoyorkinas *

Los que conocíamos a las grandes escritoras norteamericanas por lectura directa nos extrañábamos de la ausencia de traducciones al castellano de sus obras. Por fin, con casi setenta años de retraso, se traducen, con todos los honores, dos novelas de Edith Wharton: *La casa de la alegría* y *La edad de la inocencia*. Con anterioridad se habían traducido algunas obras de Willa Cather.

Coetánea de Willa Cather, como ella, Edith Wharton, también permanece solitaria, aislada y puede considerarse como predecesora del famoso Sinclair Lewis.

Si Willa Cather es la escritora de los campos, Edith Wharton es la escritora de los salones. Ella es la gran dama de las letras, inteligente, lúcida, distante, intelectual, que va a satirizar implacablemente el mundo elegante de la aristocracia financiera neoyorkina, donde le ha tocado vivir. Porque Edith Wharton es millonaria, lo que supone una suerte y una desgracia, ya que tiene que luchar con la indiferencia de los suyos, que califican a los escritores como «gente de esa que escribe», y al mismo tiempo con la de los intelectuales, que la consideran demasiado rica para dedicarse a la literatura.

Alguien piensa que es una «snob» altanera, con las limitaciones de la educación que proporciona una sociedad distinguida.

La verdad es que Edith Wharton está por encima de su círculo, tan por encima de su propio círculo que va a sufrir las consecuencias de su cortante ironía. Edith Wharton satiriza una sociedad con modales y dinero, pero carente de espíritu, esclavos de la forma.

Contempla con frío desdén la estupidez humana como lo hicieron Flaubert, Stendhal, Jane Austen y Thackeray, sus predecesores en la crítica social y, morosamente, analiza el grupo de personas encastilladas en un orden rígido e hierático, en un mundo jeroglífico en que cada hecho o palabra es representada por una serie de signos arbitrarios.

De esta sociedad cerrada, de este círculo mágico de hierro que atenaza a los que se encuentran dentro de él, se evade Edith Wharton gracias a su voluntad literaria y a su deseo intenso de respirar el mundo de las ideas. Viaja a Europa y acaba instalándose en París y en Italia, lugares donde siglos de vida civilizada han dado un estilo al paisaje y a la arquitectura, así como a las costumbres de la gente. Se crea un círculo de amigos literatos, a los que pertenece Henry James, del que muchos críticos la consideran discípula, y el crítico de arte Berenson, y tiene la ilusión de vivir en esa república del espíritu donde sólo la libertad es posible.

Todo esto no quita para que su familia siga considerando una desgracia sus escritos, y para que el círculo neoyorkino no perdone la sátira de sus costumbres. No obstante, Edith Wharton sigue siendo una mujer elegante y distinguida, cuya presencia impone de tal modo a los extranjeros que les deja sin habla, y su tren de vida en Europa supera al de cualquier literato profesional.

* EDITH WHARTON: *La casa de la alegría*. Ed. Planeta, 1984; *La edad de la inocencia*. Tusquets Editores, 1984.